

Por un futuro de integración y hermandad

Fernando Palacios Mogár
 Presidente del *Partido Liberal Nacional Cubano*
 La Habana, Cuba

Los blancos y negros en Cuba están en cierto modo enlazados; las dos razas están ligadas una con la otra, sin confundirse. Es tan difícil que ambas se separen completamente, como imposible ha sido que se integren plenamente, tal y como corresponde a una sociedad francamente mestiza como la nuestra.

Muchas personas creen que el más temible de los males que amenazan el porvenir de un país nace de la presencia de los negros en su suelo. Cuando se busca la causa de las dificultades presentes y de los peligros futuros, muchos llegan a esa conclusión primaria desde cualquier punto que se parta.

Los hombres, por lo general, en su natural afán de hegemonía, realizan enormes y constantes esfuerzos para crear males durables, pero hay un mal que penetró furtivamente. Al principio se le percibe apenas en medio de los abusos ordinarios del poder. Comienza tal vez con un individuo cuyo nombre no conserva la historia, se le deposita como un germen maldito en algún punto del suelo, se alimenta de sí mismo, se extiende sin esfuerzo y crece naturalmente con la sociedad que lo reproduce. Ese mal es el racismo.

En Cuba se dismantelaron las bases jurídicas e institucionales de este mal, pero el negro,

con la existencia misma, transmite a todos sus descendientes el signo exterior de su ignominia. La ley puede destruir la servidumbre, pero solo Dios puede desaparecer sus huellas. A ese ser humano discriminado muchas veces no se le reconocen sus rasgos generosos; para muchas personas su rostro parece horrendo; su inteligencia, limitada; y sus gustos, bajos. Poco falta para que lo tomen por un ser intermedio entre el animal y el hombre.

Las élites blancas en el poder dentro de la Isla de Cuba realizan un gran esfuerzo y tienen un cuidado extremo para mantener las barreras ideales que los separan tanto del pueblo, como del cubano negro en específico. El prejuicio de la raza se manifiesta hoy en día más fuerte, al punto de tornarse intolerable. En nuestra Isla se aprecia un creciente e insensible desprecio por los cubanos negros y creo que es hora de enfrentar el racismo en Cuba con madurez, inteligencia y perseverancia.

Debemos, cubanos todos, aunar esfuerzos para que no se sigan negando las libertades civiles por razones de raza. Tenemos que sentirnos parte del problema y no escatimar bríos para aniquilar este flagelo que está sacudiendo a la Cuba de hoy. Debemos decir basta

al innecesario y brutal acoso y exclusión de los negros en Cuba. Debemos saltar las barreras y divisiones para que, a pesar de nuestros colores políticos, logremos vencer en esta batalla contra los prejuicios raciales.

Nosotros, que aspiramos vivir en una nación democrática, no debemos minimizar la problemática de la racialidad. El racismo constituye un inconveniente para la estabilidad de la nación, y aunque muchas personas persistan en negar el problema y planteen que no tiene carácter institucional, sí está ahí latente y no podemos esquivarlo ni desentendernos de él.

En la mayor de las Antillas hay todavía serios problemas con el racismo, a pesar de que sobre el sudor y la sangre de los negros cubanos se han levantado las columnas de sustentación del poder, hasta ahora inapelable, de las elites blancas.

La erradicación del racismo fue, es y será una aspiración de muchos cubanos. Y se debe trabajar tenazmente para encontrar las vías y mecanismos que acaben con este flagelo. Está claro que muchos cubanos son incapaces de discernir las ambigüedades y vacíos referenciales que subsisten en la conciencia de los negros y blancos.

Sin embargo, debemos tener total seguridad en que la autoemancipación será la clave para poner fin al racismo en Cuba. Debemos comenzar por aceptarnos nosotros mismos tal como somos. La aproximación al problema racial exige responsabilidad y sentido de pertenencia. No alcanzaremos su erradicación total si no lo combatimos dentro de nosotros mismos.

Se debe generalizar el criterio de fomentar cada vez más debates abiertos, que incluyan no solo a los defensores de los derechos civiles y humanos, tanto dentro como fuera de la Isla, sino que involucren a la población en general, explicándole que el racismo en Cuba

sí existe y aunque muchos minimicen su importancia y alcance, porque no está institucionalizado, aquí tenemos ya una franca contradicción: este flagelo es una institución en sí mismo.

El tema del racismo en Cuba es uno de los más controversiales en la actualidad. Cincuenta años después de la llegada al poder del socialismo totalitario muchos negros se consideran excluidos, aun cuando el gobierno cubano dramatizó el racismo de la República (1902-58) y se presentó como el defensor de los negros frente a toda discriminación. El racismo es un fenómeno cultural, constituye un componente de la ideología hegemónica. El rechazo de todo aquel que no pertenezca a la propia etnia da la visión de que su componente intrínseco es la etnofobia, y esta clase de racismo pervive en la Cuba de hoy.

La dura realidad nos muestra que, habiendo transcurrido medio siglo, en Cuba la población penal es mayoritariamente negra e ínfima la presencia de negros en la elite gobernante y en los niveles de dirección del Partido. Además, los negros de la Isla son los que tienen inferiores puestos de trabajo, reciben menores ingresos y residen en las peores viviendas.

A la pregunta: ¿Hay racismo en Cuba? se debe contestar categóricamente que sí, pero también se dirá que, tanto dentro como fuera del país, hay hombres y mujeres que hacen el reclamo de unirnos en esta lucha, con el objetivo de una Cuba democrática donde nuestras futuras generaciones no sufran los efectos de este fenómeno.

En un pueblo como el cubano, donde uno es capaz de llamar a otro hermano, no deben cundir el fanatismo y el odio, sino apretarse todos en estrecho abrazo, sin importar la raza o el color de la piel. Tengamos esperanzas que en un futuro cercano ya no habrá cabida para los prejuicios raciales y sean los cubanos todos educados en la cultura de la democracia. Una democracia posracial.